

Cuaderno de los espíritus

Carlos Farfán



Género: Novela

Carlos Farfán

Cuaderno de los espíritus / Carlos Farfán

—México: Editorial De otro tipo, 2014

288 p. 23 cm

Colección: Ficción De otro tipo

Género: Novela

Primera edición, 2014

© Carlos Farfán

D.R. © 2014 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan

Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17

www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96398-0-0

Impreso en México / Printed in Mexico

Contenido

1	Las manos del presidente...	11
2	Producción en Valladolid...	13
3	John Kenneth Turner es mi nombre...	18
4	La primera hacienda que visité...	22
5	Vamos —le dije al muchacho.	27
6	La hacienda Kantó era una ruina...	29
7	¿Qué es México? Los norteamericanos...	32
8	Al día siguiente pude llegar	34
9	Era mediodía cuando compré...	37
10	Mientras husmeaba por una...	39
11	Caí exhausto en la cama...	43
12	No olvides hacer tus oraciones...	46
13	Desayuné en el restaurante del hotel...	47
14	—¡Brindemos por el golpe!...	49
15	Don Porfirio ya no tiene...	54
16	Sombrero de explorador, cigarrillo...	55
17	No te das cuenta del poder...	59
18	Al encender la luz de la recámara...	60
19	Lee toda la historia...	65
20	—¿Puedo llamarlo Juanito?...	66
21	Nuestros esfuerzos están...	69
22	Hicimos una breve escala...	70

23	<i>Debes tener propósitos firmísimos...</i>	73
24	En los primeros días de julio...	74
25	El Presidente me mostró...	77
26	La mañana del veinte de noviembre...	79
27	<i>¡Lucha contra el yugo de los instintos!...</i>	83
28	El día que Porfirio Díaz presentó...	84
29	Avalado por unas votaciones libres...	87
30	Pino, Ángeles y yo nos quedamos...	90
31	Durante 1912 alterné largas...	92
32	El diecisiete de febrero	97
33	Esa noche me presentaron	101
34	Desperté en la mazmorra...	103
35	La reja de la galera rechinó...	106
36	La tarde del veintidós de febrero...	108
37	Las calles del centro se veían desoladas...	110
38	Antes de abandonar la capital...	112
39	En octubre de 1913 recibí...	114
40	<i>Póstrate ante tu Dios...</i>	119
41	El desenlace de Felipe Ángeles...	120
42	Al fondo de la caja...	125
	Postfacio	127
	Notas finales del editor y traductor	129
	Fuentes inspiradoras	132

A Don Román Farfán Boldo

Las manos del presidente Francisco I. Madero, primero abiertas, inmóviles, con las palmas sobre la mesa circular y los dedos separados, tensos, se habían transformado ahora, al cabo de varios minutos de silencio sepulcral, en una frenética mancuerna de comunicación desde ultratumba.

Con la mano izquierda presionaba el borde de las hojas y con la derecha empuñaba una estilográfica que danzaba vertiginosamente de un extremo a otro de los papeles en blanco. Los labios del caudillo se movían con espasmos dejando salir sonidos ininteligibles, mientras sus ojos permanecían cerrados en dirección a una ventana por la cual se apreciaba el crepúsculo abatido sobre la ciudad de México.

En tres ocasiones el trance se detuvo. Madero se mordía los labios, apretaba los párpados, resoplaba. La mano izquierda estrujaba la esquina de las hojas y los dedos de la derecha oprimían la pluma con una fuerza evidenciada por las medias lunas amarillentas que se le delineaban en las uñas. La palidez repentina de su rostro parpadeaba de un amarillo hepático a un tono macilento. Sus músculos faciales se tensaban y relajaban mientras la nuez de su garganta, algo inflamada, ascendía y descendía, como si estuviese a punto de vomitar y no pudiese hacerlo, como si las voces que aún faltaban por emerger de su

interior se hubiesen arrepentido y ahora quisiesen desandar el camino y volver al recóndito lugar de donde pertenecían.

Pino Suárez, sentado frente a mí, pasaba los ojos alternativamente del Presidente a los demás, con una permanente expresión de suspicacia. Felipe Ángeles, ubicado ante nuestro líder, se mantenía con los ojos cerrados, tal y como habíamos acordado al inicio. Yo había accedido a poner las manos extendidas sobre la mesa, rozando los meñiques de Madero y de Ángeles. Y a pesar de que se me negó el uso de mi cámara fotográfica, no quería privarme del sentido de la vista: observaba con atención el ritual e intentaba descifrar los mensajes que brotaban de la boca y las manos del llamado Apóstol de la Democracia. Pero esto resultaba infructuoso: los susurros, que apenas llegaban a mis oídos extranjeros, eran borrosos, descarnados, agonizantes. Y por más que me inclinaba hacia los legajos no lograba identificar las letras grandes, irregulares en su trazo, pergeñadas por una mano nerviosa y autónoma; mano que yo había estrechado por primera vez tres años atrás y que al terminar aquella sesión espiritista se esfumó, silenciosa y apresurada, empuñando los papeles manchados de tinta negra.

Retumbó la puerta en Palacio Nacional y los tres, aún con las manos sobre la mesa, nos quedamos mirándonos, enmudecidos.

Producción en Valladolid, por los suelos.
Un espectáculo.
Debería venir Ud. a Mérida para enterarse
de sus guayaberas.

El telegrama inesperado de Lázaro Gutiérrez de Lara, mi contacto en Yucatán, interrumpió una serie de reportajes que realizaba en Los Ángeles, California, en torno a los hermanos Flores Magón. Algo grande ocurría en el sureste del país vecino. La palabra guayaberas significaba peones o esclavos; espectáculo: sublevación armada. Los indígenas estaban iniciando una revuelta. La caja de Pandora continuaba abriéndose y yo no quería perderme la oportunidad de seguir documentando la agonía de un régimen dictatorial, cuyas prácticas sociales y represivas, pese a no ser mexicano, me indignaban profundamente como ser humano.

Una vez conseguido el financiamiento y arreglado algunos asuntos en California, tomé el tren y arribé a Mérida la tarde del nueve de junio de 1910. No fue difícil comprobar la noticia cifrada del telegrama: en los accesos a la urbe y en las esquinas de las principales calles se observaban elementos del Ejército Federal, casi no había gente afuera y la poca que salía caminaba

aprisa, evitando acercarse a los soldados. Entre la población reinaba la desconfianza, en especial hacia los fuereños como yo. Pude escuchar rumores, sin embargo, de que el gobierno local ya dominaba dos de los primeros bastiones rebeldes: Uayma y Pixoy, y que en la plaza de Valladolid, tomada el día cuatro por los sediciosos, se estaba llevando a cabo una cruenta batalla entre éstos y los federales.

Me hospedé en *El gobernador*, un modesto hotel en la calle 59, a dos cuadras de la plaza grande. Durante la tarde intenté contactar a Lázaro Gutiérrez, con quien había viajado por primera vez a Yucatán en agosto de 1908. En el domicilio donde rentaba una habitación, me informó la casera que don Lázaro había hecho maletas la noche anterior y que había abandonado aquella vivienda sin dar explicaciones de su repentina decisión. Me resultaba extraña aquella actitud, y todavía más que no me hubiese avisado de su mudanza. Supuse, no obstante, que la gravedad de los acontecimientos de Valladolid lo empujó a cambiar de planes y se adelantó a la zona de conflicto para colaborar, de una u otra forma, con los rebeldes. Decidí, por tanto, dirigirme cuanto antes hacia la región en conflicto.

Al anoecer dejé mi equipaje en el hotel y me dirigí a la terminal, llevando sólo mi equipo de periodista. Revisé mi mapa y compré un boleto para Nabalám, situado a unos cuantos kilómetros de Valladolid. En caso de que las autoridades me detuvieran e interrogaran, ya no podría fingir que era el representante de una importante compañía norteamericana, como había hecho la primera vez que fui a México, dos años atrás. Mis ropas sencillas y la circunstancia de emergencia que imperaba alrededor de las haciendas anulaban este argumento. Ahora, argüiría ser un fotógrafo independiente que venía a tomar retratos del estilo arquitectónico de las iglesias yucatecas, para venderlos a periódicos europeos.

Como a las ocho de la mañana nos detuvimos en Hunukú. Ahí terminó el viaje. No pude continuar hasta Nabalám. Los habitantes iban de un lado a otro con agitación. Murmuraban, entraban y salían de sus moradas. Ocasionalmente se escuchaban lejanos estallidos. Hice plática a un joven vendedor de guayas y éste me contó el rumor que andaba corriendo: el ejército ya se había apoderado de Valladolid y estaba buscando a los que participaron en la rebelión para asesinarlos.

Logré convencer al chico, que hablaba maya y español, para que me guiara por algún sendero de la selva hasta las cercanías de Valladolid. Le expliqué que era periodista estadounidense y que deseaba ayudarlos mediante una crónica de lo que estaba sucediendo en ese apartado e incomunicado lugar de la república. Me dejó solo un momento y regresó sin su morral de guayas, pero con un machete y dos garrafones de madera.

Mientras avanzábamos por el monte, entre una tupida vegetación semiárida, me relató, emocionado, que los militares ya habían matado a muchos de los levantados y que incluso los fusilaban cuando ya se habían rendido. Con una sed de venganza empozada en su mirada, inverosímil quizá para un muchacho de catorce o quince años, me dijo que él estaba dispuesto a apoyar a los revolucionarios que se habían refugiado entre la población maya. El joven, llamado Antonio, me habló de la pobreza en la que vivía la mayoría de los habitantes y de las injusticias que sufrían de parte de sus patrones, los dueños de las haciendas. Desde hacía semanas la gente mencionaba mucho a un tal José Encarnación Kantún, quien al parecer había organizando la insurrección de los indios explotados.

Conforme nos adentrábamos, más el paisaje se fue tornando macabro: en varias ocasiones hallamos, dispersos entre la hierba, cadáveres de rebeldes baleados, algunos de ellos maniatados y con el tiro de gracia en la cabeza.

—¿Ya vio que sí es cierto lo que decían? —comentaba indignado Antonio—. Están matando prisioneros y los tiran lejos.

Aquellas dantescas visiones no me tomaban desprevenido, desde luego, pues ya sabía que mi viaje no era de placer. Pero el calor infernal, los zopilotes trazando círculos en el cielo, el hedor del entorno arrastrado por turbas de aire denso y caliginoso y la incertidumbre de nuestros pasos (¿no andábamos perdidos?), estaban a punto de hacerme desfallecer.

Horas después, aún con luz de día, llegamos por fin a Valladolid. Cautelosos oteamos las inmediaciones, ocultos tras la loma de un cerrito que bordeaba uno de los accesos a la villa. Apostados en las esquinas de cuatro o cinco calles divisamos el uniforme de las huestes federales. Debido al escenario desértico y las mortecinas humaredas que brotaban de muchas propiedades, dedujimos que allí ya no quedaban insurrectos.

—¿Qué hacemos? —me consultó en voz baja el muchacho.

¿Qué hacemos?, ¿qué hacemos?, dudé repentinamente, exhausto. ¿Qué estaba haciendo?, ¿qué hacía yo allí, a cientos de kilómetros de mi país, arriesgando la vida en una guerra que no me pertenecía?

—¡Debemos seguir, hasta dar con los hombres de Kantún! —repuso decidido el chico ante mi vacilación—. ¡Necesitan más gente para ganarles a los tiranos!

Los tiranos, seguramente ése era el término que el caudillo de Valladolid, José Kantún, había usado durante su campaña de pueblo en pueblo para convencerlos, para abrirles los ojos, para hacerles ver que aquéllos que por tradición llamaban pa-

trones no eran más que tiranos que, sin proporcionarles ningún beneficio, los habían convertido a ellos en esclavos, y que esa situación debía terminar.

Yo conocía en persona a varios de esos tiranos. Apenas dos años atrás me había movido entre ellos. Vestido con trajes confeccionados con telas importadas de Europa, me había sentado a sus mesas cubiertas de manjares para charlar en inglés o francés de frivolidades. Había degustado café de importación y vinos de primera en las terrazas de sus palacios. Me habían presentado a sus refinadas mujeres e hijas. Había hecho planes de inversiones en sus bancos y oficinas. Y ahora, acompañado de un miserable indígena, portando ropa de la región, común y corriente, sucia y enlodada, con heridas en piernas y brazos, hambriento y presa de un miedo voraz, me encontraba del otro lado, del lado de un puñado de rebeldes que conspiraban contra los tiranos, contra los poderosos terratenientes que contaban con el apoyo total de Porfirio Díaz y su enorme ejército extendido por toda la república.

John Kenneth Turner es mi nombre. Soy ciudadano estadounidense nacido en Oregón, en 1879. A los diecisiete años mudé mi residencia a Los Ángeles y estudié periodismo en la Universidad de California. Mientras trabajaba como reportero para *Los Angeles Express*, me enviaron a entrevistar, durante la primavera de 1908, a un grupo de refugiados mexicanos recluidos en la cárcel del condado de Los Ángeles. Al cabo de muchos esfuerzos y gestiones, puesto que los presos estaban incomunicados, pude entrar en contacto con Ricardo Flores Magón, Antonio Villareal y Librado Rivera, tres hombres educados, inteligentes y universitarios. Me hablaron (mitad en inglés, mitad en español) de su interés por lograr un cambio de gobierno en México, debido a que Díaz y un pequeño grupo de hombres allegados a él controlaban todas las actividades productivas y mantenían al resto del pueblo subyugado y sumido en la pobreza absoluta.

El gobierno mexicano, en consecuencia, había emprendido una persecución política en contra de ellos y sus demás compañeros del Partido Liberal Mexicano, que los obligó a exiliarse en Estados Unidos, en donde las autoridades americanas (en una postura solidaria con la policía mexicana) no tardaron en encarcelarlos bajo el argumento de haber violado

“la ley de neutralidad, al planear la invasión de un país amigo con una fuerza armada desde territorio norteamericano”.

Acostumbrado a leer en los diarios americanos noticias sobre el progreso y la paz social que reinaba en la nación al sur de la frontera, me sorprendí al enterarme que el presidente Díaz no era más que un dictador que violaba la Constitución y que había privado a la población de su derecho a la palabra, a la libertad de prensa y a la organización de forma pacífica para promover reformas políticas, además de que, a través del sistema productivo de fincas, había desposeído a los pueblos autóctonos de sus tierras.

Durante la charla salió a la luz varias veces un concepto que me costó trabajo comprender cabalmente: la esclavitud.

—¿A qué se refieren con el término esclavitud? —cuestioné incrédulo—. ¿Quieren hacerme creer que todavía hay verdadera esclavitud en el hemisferio occidental?

Los liberales mexicanos me explicaron que en muchas regiones de su país los trabajadores pobres habían sido convertidos en siervos, peones y en algunos casos en auténticos esclavos, pues la vida de éstos le pertenecía a los jefes, quienes podían comprarlos y venderlos a su antojo, como si fuesen mulas.

—¡Seres humanos comprados y vendidos como mulas en América! ¡En el siglo XX! ¡No lo puedo creer!, —grité—. ¡Si esto que me dicen es verdad, tengo que verlo con mis propios ojos!

Esa noche, durante la cena, le hice un recuento de la entrevista a Ethel, mi esposa, quien también era periodista y, como

tal, comprendía los frecuentes arranques de entusiasmo que suscita en nosotros cada posibilidad de un nuevo hallazgo informativo.

—Quiero ir a México para atestiguarlo en persona —le dije emocionado al final—. Si estos hombres no mienten sobre las condiciones sociales bajo el régimen de Porfirio Díaz, entonces se trata de la realidad más pasmosa que haya escuchado y debe ser contada a todo el mundo.

Aproveché los contactos que había establecido con los miembros de la Junta del Partido Liberal Mexicano, cuyo cuartel general, a causa de las condiciones políticas adversas presentes en México, se había establecido temporalmente en Los Ángeles. Pude reunir de esta agrupación, así como de una rica heredera bostoniana de nombre Elizabeth Trowbridge (simpatizante de la causa mexicana), una cantidad de dinero suficiente para solventar mi primera incursión en la nación vecina.

Por suerte, en la riesgosa aventura pude contar con la compañía de un amigo de Ricardo Flores Magón, el abogado Lázaro Gutiérrez de Lara, quien se hallaba refugiado en mi país después de haber participado activamente en la huelga de Cananea de 1906, que culminara con una matanza ordenada por Díaz. La cercanía de Lázaro representó para mí una invaluable ayuda, pues la geografía mexicana me era extraña, no conocía prácticamente a nadie y mis conocimientos del español, aunque lo había estudiado en la universidad, eran elementales.

En agosto de 1908 finalmente tomamos el tren Southern Pacific en Los Ángeles y nos dirigimos a El Paso, Texas, donde nos rasuramos y cambiamos de ropas para que yo aparentara ser el representante de una importante empresa importadora y exportadora de Nueva York, y Lázaro, mi intérprete mexicano.

Sin mayor obstáculo atravesamos la frontera y abordamos el Ferrocarril Central Mexicano. Al cabo de un agotador periplo por el desértico norte llegamos al ardiente sureste. La vegetación y la orografía externas iban transformándose a la par que mi sólida convicción inicial iba tornándose en endeble certidumbre, en vaga sospecha de estar inmiscuyéndome en una realidad totalmente distinta de la que yo provenía y formaba parte.

Lázaro me había recomendado que comenzara mi trabajo de investigación periodística en Yucatán, estado en el cual funcionaba un enorme número de haciendas. El proyecto tramado consistía en fingir que buscábamos establecer relaciones comerciales con pudientes empresarios locales, que le permitieran a la firma que supuestamente yo representaba hacer exportaciones, a buen precio, de henequén y tabaco hacia Estados Unidos. En el fondo, desde luego, yo sólo quería constatar y documentar si la esclavitud realmente existía en esas latitudes y si era una práctica recurrente.

Ahora que escribo esta crónica debo aceptar que no tenía ni la menor idea de las atrocidades que encontraría en el interior de aquellas colosales factorías porfirianas. Lo que atestigüé en la Península de Yucatán cambió para siempre el curso de mi vida.

La primera hacienda que visité fue la de San Antonio Yaxché. A lo largo de dos semanas pude presenciar una serie de infamias que, durante mis posteriores estancias en otras cinco plantaciones, constaté que no eran privativas de Yaxché, sino que lamentablemente constituían prácticas de trabajo generalizadas en Yucatán.

Para 1908 se calculaba en doscientos cincuenta el número total de fincas en la región y en alrededor de ciento treinta mil esclavos (de los cuales ocho mil eran indios yaquis, importados desde Sonora), aunque las mayores extensiones de tierras y el mayor número de peones se concentraban en las manos de cincuenta reyes del henequén. El principal empresario era Olegario Molina, ex gobernador del estado y secretario de Fomento de México. Sus propiedades, tanto en Yucatán como en Quintana Roo, abarcaban más de seis millones de hectáreas: todo un reino.

Los cincuenta monarcas del henequén vivían en ricos palacios en Mérida y muchos de ellos tenían casas en el extranjero. Viajaban con frecuencia, hablaban varios idiomas y, junto con sus familias y socios, componían una clase social muy cultivada. Prácticamente todas las actividades económicas de Yucatán, e incluso de la península, dependían de estos latifun-

distas que dominaban la política y manipulaban la impartición de justicia del estado para su propio beneficio.

Los hacendados no llamaban esclavos a sus trabajadores, se referían a ellos como gente u obreros. Tampoco llamaban esclavitud a su sistema, sino “servicio forzoso por deudas”. Pero la prueba de cualquier hecho no hay que buscarla en las palabras sino en las condiciones reales. En las plantaciones que inspeccioné (como un potencial inversionista) descubrí que los peones, con base en las inhumanas jornadas laborales y en la mísera retribución que recibían, jamás podrían liberarse de las deudas que adquirían con sus patrones. La clave para los hacendados residía en hacer que un trabajador libre se endeudara con ellos por primera vez, después aquéllos se encargarían de que la deuda se multiplicara con el tiempo y que, al morir el peón, la deuda se transfiriera a su esposa e hijos, quienes serían empleados en las mismas fincas o en la ciudad, como sirvientes personales, obreros, criados o prostitutas.

Las autoridades policiacas del estado reconocían el “derecho” de un propietario para apoderarse corporalmente de un trabajador que estuviese en deuda con él y obligarlo a trabajar hasta que saldara la deuda. Naturalmente, los patrones también gozaban la potestad de trasladar las deudas (con todo y peón) de un patrón a otro, como si se tratase de maquinaria o bestias de carga. Al calcular la compra de una hacienda, siempre se tenía en cuenta el pago en efectivo por los esclavos. Sin importar su deuda particular, el precio corriente de cada hombre era de cuatrocientos pesos, y esa cantidad me pedían los hacendados. Varias veces me dijeron: Si compra usted ahora, es buena oportunidad. La crisis ha hecho bajar el precio. Hace un año se pedían mil pesos por cada hombre.

Para completar el panorama de la esclavitud en el sureste mexicano, en no pocas ocasiones atestigüé el maltrato que re-

cibían los peones. Con causa o sin ella, los trabajadores podían ser azotados por órdenes del administrador, de los mayordomos o capataces. Medio muertos de hambre (sólo comían frijoles y tortillas una vez al día), los esclavos debían cumplir con el destajo que se les asignaba cada día. Si la cuota laboral fijada era muy alta, se veían obligados a llamar a sus mujeres e hijos para que les ayudasen a librar el castigo que les esperaba al final del día por no completar su quehacer. Si se enfermaban tenían que seguir trabajando, y si la enfermedad les impedía trabajar, rara vez se les permitía utilizar los servicios de un médico.

No vi en Yucatán castigos peores que los azotes y los encierros nocturnos en una mazmorra. Pero me contaron de hombres a quienes se había colgado de los dedos de las manos o de los pies para flagelarlos. Oí relatos de esclavos que habían sido asesinados a golpes; mas nunca supe de un caso en que el asesino hubiera sido castigado, ni siquiera detenido. En realidad, toda la vida de esta gente estaba sujeta al capricho de un amo, y si éste quería matarlos, podía hacerlo impunemente.

Lázaro y yo viajamos a Valle Nacional, Oaxaca, en diciembre de 1908. Haciéndonos pasar de nuevo como inversionista estadounidense y guía mexicano, presenciábamos una realidad ignominiosa, peor que la de las haciendas yucatecas. Atestiguamos cárceles, hambruna, degradación humana, miseria espantosa y despiadada violencia contra los peones. La mortalidad tenía un índice infamante: en promedio, los trabajadores que llegaban a la zona morían a los siete meses. Me parece aún estar viendo sus espaldas laceradas y sangrantes, los cuerpos famélicos con los huesos marcados, las manos y pies carcomidos por los insectos, los rostros de tragedia indecible. Valle Nacional era, sin duda, el más grande y vergonzoso centro de esclavitud en México.

Incapaz de continuar observando la brutal explotación de mexicanos, retorné a Estados Unidos en enero de 1909. Me

despedí de Gutiérrez de Lara, quien regresó a Mérida para integrarse a las operaciones clandestinas de un grupo antiporfirista, con el cual había establecido contacto durante nuestra estancia en el sureste. Por mi parte, tomé el primer tren que salía a la frontera. Me urgía sentirme otra vez en un lugar libre y dejar atrás mi papel de simple espectador para convertirme en delator internacional de las atrocidades del régimen de Díaz.

Con gran interés de los lectores, mis artículos fueron publicándose por entregas en el periódico *Los Ángeles Express*, entre marzo y noviembre de 1909. Mes con mes iba saliendo a la luz una “república” desconocida y velada hasta entonces, dirigida por una oligarquía que ejercía un control social absoluto y que negaba a la mayoría de la población los derechos más elementales.

En los primeros artículos proporcionaba información detallada de la explotación laboral que se ejercía en las plantaciones de Yucatán y Oaxaca. En los siguientes hacía un recuento de la forma en que el tirano, Porfirio Díaz, desarrolló un sistema autoritario que había aniquilado a la oposición y silenciado los reclamos sociales y a la opinión pública a través de la represión. Expuse, además, los intereses económicos y corporativos de Estados Unidos que, invariablemente, favorecía el dictador.

La polémica no se hizo esperar en mi país, debido a que durante mucho tiempo se había erigido, con enorme habilidad y nula ética profesional, un gran mito en torno al México de Porfirio Díaz. La prensa americana había vendido al mundo la idea de un México pacífico, en pleno auge de desarrollo, gobernado con justicia por un presidente popular y sensible a las necesidades sociales. Desde luego, la aparición de mis artículos contribuyó, al menos un poco, a minar esa falaz imagen.

Ante la buena recepción, en febrero de 1910 edité todos los artículos juntos, corregidos y aumentados en un solo libro

Carlos Farfán

titulado, simple y llanamente, *México bárbaro*. ¿Qué otro nombre le quedaba mejor a dicha obra?